

de Siracusa, puesto que ahora queréis cambiar de tirano?

—Dalevuelta, hijo mío—respondióme—, reconozco que he caído en contradicción. Pero esa ambigüedad que advertís en mi discurso no es tan maligna como la llamada antinomia por los filósofos. Charron, en su libro de *La Sabiduría*, afirma que existen antinomias que no pueden resolverse. Por mi parte, apenas me pongo á meditar sobre la naturaleza, cuando veo aparecer en mi espíritu media docena de tarascas que picoteándose ante mí, parecen querer arrancarse los ojos, y comprendo en seguida que nunca se conseguirá reconciliar entre sí á tan obstinadas furias. Pierdo la esperanza de ponerlas de acuerdo, y ellas tienen la culpa de que yo haya dado mayor impulso á la metafísica. Pero en el caso actual, Dalevuelta, hijo mío, la contradicción sólo es aparente. Sigo siempre opinando como la vieja de Siracusa. Pienso hoy lo que pensaba ayer. Sólo que acabo de dejarme dominar por el sentimentalismo, cediendo á la pasión como las gentes vulgares .

V

LOS HUEVOS DE PASCUA

Mi padre era figonero en la calle de San Jacobo, frente á Saint-Benoit le-Betourné. No os diré que le agradaba la Cuaresma: este sentimiento no hubiera sido propio de un figonero. Pero cumplía los ayunos y las abstinencias como buen cristiano, y á falta de dinero para comprar al arzobispado las bulas, cenaba merluza los días de vigilia, con su mujer, su hijo, su perro y sus huéspedes, de los cuales el más asiduo era mi buen maestro el señor abate Jerónimo Coignard. Mi santa madre no hubiese consentido que Miraut, nuestro guardián, royera un hueso en Viernes Santo. Aquel día no echaba ni carne ni grasa en la cazuela del pobre animal. En vano el señor abate Coignard la repetía que aquello era exagerado, y en justicia Miraut, que no participaba de los sagrados misterios de la redención, no debía sufrir abstinencias en su pitanza.

—Buena mujer—decía aquel insigne hombre—,

es conveniente que nosotros, como miembros de la Iglesia, comamos pescado, pero es en cierto modo una impiedad, una temeridad, una superstición y un sacrilegio, asociar, como vos lo hacéis, á un perro á maceraciones infinitamente preciosas por la mucha importancia que Dios las concede, y que serían sin eso, ridículas y despreciables. Es un abuso que vuestra sencillez hace inocente, pero que sería criminal en un doctor é incluso en un cristiano de algún discernimiento. Semejante práctica, buena mujer, conduce á la más espantosa de las herejías. Tiende á demostrar que Jesucristo murió tanto por los perros como por los hijos de Adán, y nada es tan contrario á las Escrituras.

—Es posible—respondió mi buena madre—. Pero si Miraut comiera carne en Viernes Santo, yo imaginaría que es judío, causándome horror. ¿Es eso un pecado, señor abate?

Y mi buen maestro proseguía con afabilidad, bebiendo un trago de vino:

—¡Ah! santa mujer. Sin discutir ahora si pecáis ó no, en verdad os digo que no tenéis malicia ninguna, y que confío en vuestra salvación eterna más que en la de cinco ó seis obispos y cardenales conocidos míos, que sin embargo han

escrito hermosos tratados sobre el derecho canónico.

Miraud tragaba su comida de mala gana, y mi padre marchábase con el señor abate Coignard á dar un paseo hasta *El Joven Baco*.

Así pasábamos en *El Figón de la Reina Patoja* la santa Cuaresma. Pero el día de Pascua por la mañana, cuando las campanas de Saint-Benoit le-Betourné anunciaban la alegría de la Resurrección, mi padre espetaba pollos, patos y pichones por docenas, y Miraut sentado junto á la chimenea humeante aspiraba el sabroso olor de grasa meneando el rabo con alegría pensativa y grave. Viejo, fatigado, casi ciego, saboreaba aún los goces de esta vida, cuyas desgracias aceptaba con una resignación que las hacía menos crueles. Era un sabio, y no me sorprende que mi madre asociara á sus obras piadosas á tan razonable criatura.

Después de haber oído la misa mayor almorzábamos en la tienda, exquisitamente perfumada. Mi padre ostentaba en aquellas comidas una alegría religiosa. Sentábase generalmente á nuestra mesa algunos escribientes de procurador y mi buen maestro el señor abate Coignard. Recuerdo que en Pascua del 1725 mi buen maestro nos

presentó al señor Nicolás Cerise, á quien había sacado de un camaranchón de la calle de los Maçons, donde aquel sabio escribía durante todo el día y toda la noche noticias de la república literaria para los editores de Holanda. Sobre la mesa alzábase una montaña de huevos rojos en una cesta de alambre. Y cuando el señor abate Coignard hubo dicho el *Benedicite*, aquellos huevos fueron el objeto de la conversación.

—Se lee en *Ælius Lampridus*—dijo el señor Nicolás Cerise—, que una gallina perteneciente al padre de Alejandro Severo rompió un huevo rojo el día que nació aquel niño destinado al imperio.

—Ese *Lampridus*, que no disfrutaba de mucha inteligencia—respondió mi buen maestro—, debió referir esa fábula para las mujeres ignorantes que la propagaron. Sois demasiado razonable, caballero, para creer que ese cuento absurdo sea el origen de la cristiana costumbre de comer huevos rojos el día de Pascua.

—No creo, en efecto—replicó el señor Nicolás Cerise—, que esa costumbre proceda del huevo de Alejandro Severo. Lo único que deduzco del hecho referido por *Lampridus*, es que un huevo rojo presagiaba entre los paganos el poder

supremo. Además—añadió—, fué preciso que tuvieran de rojo aquel huevo, pues las gallinas no ponen huevos rojos.

—Dispensad—dijo mi madre, que, en pie, junto á la lumbre, guarnecía las fuentes—; siendo niña, vi una gallina negra que ponía huevos de un color obscuro, por lo cual creo fácilmente que hay gallinas cuyos huevos son rojos ó rojizos, es decir, de color de ladrillo.

—Es muy posible—dijo mi buen maestro—, y los productos de la Naturaleza son mucho más diversos y variados de lo que creemos. Hay entre los animales originalidades de todas clases, y se ven en los gabinetes de Historia Natural monstruos más extraños que un huevo rojo.

—Tanto, que en el gabinete del rey—repuso el señor Nicolás Cerise—se conserva un buey con cinco patas y un niño con dos cabezas.

—Algo más extraordinario aún vi yo en Auneau, cerca de Chartres—dijo mi madre, colocando sobre la mesa una fuente de salchichas con repollo, cuyo aroma agradable se remontaba hasta las vigas del techo—. Vi, caballeros, un niño recién nacido, con patas de oca y cabeza de serpiente. La comadrona horrorizóse de tal modo al verlo, que lo arrojó á la lumbre.

—Cuidado—exclamó el señor abate Jerónimo Coignard—, tened presente que el hombre nace de la mujer para servir á Dios, y es inconcebible que se le pueda servir con una cabeza de serpiente, y, por consecuencia, no hay criaturas formadas así; de lo cual se deduce que aquella comadrona deliraba ó se burlaba de vos.

—Señor abate—dijo el señor Nicolás Cerise, sonriendo—, habéis visto, como yo, en el gabinete del rey, un feto con cuatro piernas y dos sexos, conservado en un frasco lleno de alcohol; y en otra vasija un niño sin cabeza, con un ojo encima del ombligo. ¿Podrían esos monstruos servir mejor á Dios que el niño con cabeza de serpiente, de que habla nuestra patrona? Y ¿qué pensar de los que tienen dos cabezas, y de quienes no se sabe si tienen dos almas? Confesad, señor abate, que la Naturaleza, divertida en esos juegos crueles, turba un tanto á los teólogos.

Mi buen maestro abría ya la boca para contestar, y seguramente hubiera destruído por completo la objeción del señor Nicolás Cerise, cuando mi madre, que por nada contenía sus deseos de hablar, se adelantó, proclamando que el niño de Auneau no era una criatura humana, y que un diablo lo engendró en una panadera.

—Y la prueba es—añadió—que no se dispuso bautizarlo, y que lo enterraron, envuelto en una toalla, en el fondo del huerto. Si hubiera sido una criatura humana, lo hubieran enterrado en sagrado. Cuando el diablo fecunda á una mujer, el engendro tiene formas bestiales.

—Buena mujer—respondió el señor abate Coignard—, es portentoso que una aldeana sepa más acerca del diablo que un doctor en Teología, y me admira que os atengáis á la comadrona de Auneau, para averiguar si tal fruto de una mujer pertenece ó no á la Humanidad, redimida por la sangre de Dios. Creedme: esas diabluras sólo son fantasías repugnantes de la imaginación, de las cuales debéis limpiar vuestro espíritu. Los Santos Padres no hablan de que el diablo fecunde á las mozas. Todos esos cuentos de fornicaciones satánicas son ensueños asquerosos, y es una vergüenza que algunos jesuitas y algunos dominicos hayan escrito tratados acerca de ello.

—Habláis bien, abate—dijo el señor Nicolás Cerise pinchando una salchicha de la fuente—; pero no habéis respondido á lo que yo decía respecto á que los niños que nacen sin cabeza no están apropiados á los fines del hombre, que son, según dice la Iglesia, conocer, servir y amar á

Dios, y que en esto, como en los numerosos gérmenes que se pierden, la Naturaleza, á decir verdad, no es suficientemente teóloga y cristiana. Añadiría que no es nada religiosa en sus actos y que parece desconocer á su Dios. Eso es lo que me espanta, señor abate.

—¡Oh—exclamó mi padre agitando en el tenedor una pata del ave que trinchaba—, oh, qué discursos tan tenebrosos, tan tristes y tan poco adecuados á la fiesta que celebramos hoy! De todo esto tiene la culpa mi mujer, que nos sirve un niño con cabeza de serpiente, como si semejante plato fuera del agrado de mis huéspedes. ¡Y pensar que de mis hermosos huevos rojos han salido tantas historias diabólicas!

—¡Ah, maestro—dijo el señor abate Coignard—, es cierto que del huevo salen toda clase de cosas! Sobre ese particular los paganos han imaginado fábulas muy filosóficas. ¡Pero que de huevos absolutamente cristianos, bajo la púrpura antigua, como los que acabamos de comer, sa'gan tantas impiedades salvajes me deja atónito y confuso!

El señor Nicolás Cerise miró á mi buen maestro guiñándole el ojo y con una pálida sonrisa, le dijo:

—Señor abate Coignard, esos huevos cuyos

cascarones teñidos con remolacha cubren el suelo á nuestros pies, no son en su esencia cristianos y católicos como vos os complacéis en creer. El origen de los huevos de Pascua es, por el contrario, pagano, y recuerdan en el momento del equinoccio primaveral la expansión misteriosa de la vida. Es un antiguo símbolo que se ha conservado en la religión cristiana.

—Puede afirmarse con igual motivo—dijo mi buen maestro—que es un símbolo de la resurrección de Cristo. Pero yo, que no me complazco aplicando á la religión sutilidades simbólicas, creo fácilmente que el gusto de comer huevos, de que nos hemos privado durante la Cuaresma, es el único motivo que los hace aparecer en este día servidos en las mesas con ostentación y revestidos con la púrpura real. Pero todo esto no tiene importancia; son pequeñeces propias para distraer á los espíritus eruditos y á los bibliotecarios. Lo más importante de nuestras opiniones, señor Nicolás Cerise, es que oponéis la Naturaleza á la religión, queriéndolas hacer enemigas una de otra. Y eso es una impiedad tan horrible que hasta nuestro buen figonero se ha estremecido sin comprenderla. Pero yo no me siento nada turbado, y semejantes argumentos no pueden seducir

ni un instante á un espíritu que sabe dirigirse.

»En efecto: os habéis encaminado, señor Nicolás Cerise, por la senda racional y científica, que es estrecha, corta y sucia, y al fin de la cual se cae uno rompiéndose las narices infructuosamente. Habéis razonado como un farmacéutico meditabundo, que cree conocer la Naturaleza porque olfatea algunas apariencias, y habéis juzgado que la generación natural que produce monstruos no entra en el secreto de Dios, el cual formó al hombre para celebrar su gloria: *Pulcher hymnus Dei homo immortalis*. Erais muy generoso no queriendo hablar de los recién nacidos que mueren en cuanto ven la luz, de los locos, de los imbéciles y de todas las personas que no os parecen, según la expresión de Lactance, un himno de Dios, *pulcher hymnus Dei*. ¿Pero qué sabéis ni qué sabemos, amigo Nicolás Cerise? Me tomáis por uno de vuestros lectores de Amsterdam ó de la Haya, queriéndome dar á entender que la inteligible naturaleza es una objeción á nuestra santísima fe cristiana. La naturaleza, caballero, sólo es á nuestros ojos una continuidad de imágenes incoherentes á las cuales no podemos hallar un significado; y os concedo que, según ella y siguiéndola de cerca, no puedo ver en el niño que nace, ni al cristiano, ni

al hombre, ni siquiera al individuo; que la carne es un jeroglífico indescifrable. Pero esto es poco, y sólo vemos el reverso de la medalla. No nos obstinemos en descifrarlo, sabiendo que de este modo nada averiguaríamos. Volvémonos hacia lo ininteligible, que es el alma humana unida á Dios.

»Sois ocurrente, señor Nicolás Cerise, al tratar la naturaleza y de la generación. Me hacéis el efecto de un burgués que cree haber sorprendido los secretos del rey porque ha visto las pinturas que decoran la sala del Consejo. Del mismo modo que los secretos están en los discursos del soberano y de los ministros, el porvenir del hombre está en el pensamiento que procede á la vez de la criatura y del creador. Todo lo demás son divagaciones y estupideces propias para divertir á los papanatas que plagan las Academias. Si queréis hablarme de la naturaleza, referíos á la muestra que nos ofrece *El Joven Baco*, en la persona de Catalina la encajera, que es llenita y bien formada.

»Y vos, señor figonero—añadió el señor abate Coignard—dadme de beber, pues tengo la boca seca por culpa del señor Nicolás Cerise, que supone á la naturaleza atea. Y por todos los diablos en cierto modo lo es, señor Nicolás Cerise, y aun

quando canta la gloria de Dios, lo hace sin conocerla, puesto que sólo hay conocimiento en el espíritu del hombre, que procede de lo finito y de lo infinito. ¡A beber!

Mi padre llenó de vino tinto el vaso de mi buen maestro el señor abate Coignard y el del señor Nicolás Cerise, obligándoles á brindar amistosamente, y lo hicieron con gusto, pues eran personas honradas.

VI

EL NUEVO MINISTERIO

El señor Shippen, que ejercía en Greenwich el oficio de cerrajero, siempre que estaba de paso en París, comía en el figón de *La Reina Patoja* en compañía de mi padre y del señor abate Jerónimo Coignard, mi buen maestro. Aquel día á los postres, habiendo pedido, según su costumbre, una botella de vino, encendido una pipa y sacado del bolsillo la *Gaceta de Londres*, se puso á fumar, á beber y á leer tranquilamente. Luego, doblando el periódico y dejando su pipa en el borde de la mesa,

—Caballeros—dijo—, ha caído el ministerio.

—¡Oh!—exclamó mi buen maestro—, es un asunto que no tiene importancia.

—Dispensadme—respondió el señor Shippen—; es, por el contrario, un asunto de mucha importancia; pues siendo el antiguo ministerio *tory*, el nuevo será *whig* y todo cuanto sucede en Inglaterra es importante.